

RECURSOS NARRATIVOS PARA EL TRABAJO SOCIAL CON GRUPOS

NARRATIVE RESOURCES FOR SOCIAL WORK WITH GROUPS

Joaquín Guerrero Muñoz

Departamento de Sociología y Trabajo Social.
Universidad de Murcia

RESUMEN

En este artículo se consideran algunas de las aportaciones más destacadas del enfoque narrativo al Trabajo social con grupos. Así mismo se analizan las diferentes influencias teóricas y los desarrollos prácticos de la narrativa en el ámbito de la intervención social con grupos y la dinámica grupal, haciendo especial hincapié en las técnicas que empleando recursos narrativos como la fábula o la analogía favorecen el conocimiento, la autocomprensión, la reflexividad y la agencia personal. Las técnicas narrativas contribuyen, principalmente a través de los relatos, a alcanzar los objetivos grupales y estimular las acciones dirigidas a producir cambios positivos en la vida de las personas que trascienden los propios límites del entorno grupal.

PALABRAS CLAVE: Narrativa, Trabajo social con grupos, dinámica de grupos, relato, analogía, fábula, comunicación, identidad.

ABSTRACT

This article considers some of the most notable contributions to the narrative approach to social work with groups. Also different theoretical influences and practical developments of the narrative in the field of social work with groups and group dynamics are analyzed, with special emphasis on techniques employing narrative devices like the fable or the analogy further knowledge, the self-understanding, reflexivity and agency staff. The narrative techniques contribute mainly through the stories, to achieve group goals and actions to stimulate positive change in the lives of people that cut themselves the group setting.

KEYWORDS: Narrative, Social work with groups, group dynamics, story, analogy, fable, communication, identity.

Correspondencia: Facultad de Trabajo Social, Campus Universitario de Espinardo, 30071 Espinardo-Murcia. jguerrero@um.es Tfno. 868 889107. Fax. 868 883491

1.- Introducción

Comenzaremos este trabajo asumiendo inicialmente una premisa fundamental del enfoque narrativo en las Ciencias Sociales: la experiencia humana queda parcialmente inscrita y organizada en los relatos que construimos acerca de lo vivido. De esta afirmación se deduce que los relatos o narraciones son realidades discursivas en las que se condensan y fijan nuestras vivencias personales a través del lenguaje oral o escrito, aunque tan sólo sea de una forma limitada y parcial puesto que, claro está, no todo lo vivido puede ser aprehendido o sustituido por la palabra. Aquello que contamos a los demás, y que también nos contamos a nosotros mismos, emerge de procesos intencionales de selección, elaboración, expresión y rememoración de las experiencias personales. Estas experiencias relatadas modelan nuestra propia vida, la visión que tenemos de nosotros mismos y también nuestra percepción de la realidad y de las relaciones que entablamos con los demás.

La narración o el relato de lo vivido, y de lo que está por vivir, posee una estructura concreta, pero también un contenido y un significado propios. Así, toda narración se caracteriza por contener un orden y secuencia determinados (Larsson y Sjöblom, 2010: 272), lo cual significa esencialmente que los elementos incorporados por el narrador a la narración son escogidos previamente, organizados, interconectados y evaluados para un público determinado (Riessman, 2004). En la narración cada acción se haya encadenada a la siguiente, no únicamente de una forma temporal sino también en tanto que resultado de la lógica argumental y de los recursos lingüísticos que el narrador dispone para comunicar un cierto significado a sus oyentes o a sí mismo.

Así pues, estamos describiendo una orientación del saber según la cual no es posible tener un conocimiento directo del mundo. La experiencia de la realidad es una experiencia mediada y construida. Los enfoques narrativos surgieron en la década de los años ochenta del siglo pasado, de la mano del constructivismo social y de aportaciones y movimientos relativistas de las ciencias sociales. Desde esta posición ontológica y epistemológica relativista que alimentó el enfoque narrativo en sus comienzos, se predica que nada existe fuera del lenguaje mismo, y en la

práctica el trabajador social se ocupa de comprender y desvelar cómo las personas identifican, ordenan y confieren un sentido determinado a sus experiencias, a través de las historias que crean acerca de sí mismos, los demás y el mundo que les rodea. Lo que sabemos de la vida proviene de la experiencia, y ésta se encuentra en todo momento mediada por actos genuinos de interpretación y significación, en definitiva, el mundo se nos hace comprensible porque poseemos representaciones o visiones del mismo que son esencialmente narrativas; contamos historias acerca de cómo es ese mundo, qué fuerzas intervienen en él, qué valor posee para nosotros, etc.

De igual forma tenemos una visión integrada o “auto-comprensión narrativa” sobre quiénes somos y sobre cuál es nuestro preciso lugar en el mundo. Los relatos son esclarecedores para la persona, su vida está configurada en el relato y el mundo aparece ante sí como un enigma desvelado. Se trata en definitiva de un esfuerzo de significación que realizamos para dotar de sentido a los acontecimientos que tienen lugar en la vida, organizando la propia experiencia en secuencias temporales que se muestran, por así decirlo, como representaciones verosímiles del mundo que nos rodea y de todo lo que en él afecta a nuestra existencia. No se refiere este enfoque a la construcción del sentido de la vida desde un punto de vista trascendental o filosófico, sino a la organización socio-narrativa de la propia experiencia que nos permite, entre otras cosas, comprender nuestro comportamiento y el de los demás. La propuesta narrativa centra así su atención en los modelos comunicativos del ser humano, en los patrones relacionales que desarrolla a lo largo de todo su ciclo vital en diferentes escenarios o entornos sociales y en los procesos de construcción social de la realidad, y recibe el fermento teórico de sus ideas de las aportaciones derivadas principalmente de la Teoría de la Comunicación Humana y la Teoría de Sistemas en su aplicación al ámbito de la terapia familiar y la mediación.

El Trabajo Social, desde esta orientación narrativa, dirigirá su práctica a la búsqueda de los significados, a la forma en la que el mundo es entendido subjetivamente a través de las historias, y a cómo éstas, las narraciones, son poderosas herramientas de cambio y transformación que constituyen el “soporte vital” de la identidad de las personas al proporcionar un contexto de fondo que da

coherencia a sus vidas y les posibilita interpretar tanto su identidad como la de otras personas (Roscoe y Madoc, 2009: 5). Precisamente Malcolm Payne, refiriéndose a las teorías modernas que orientan la práctica en el Trabajo Social, recogió en un texto emblemático la idea de que era muy relevante la escucha focalizada en las historias y narraciones de las personas que buscan ayuda porque éstas, las narraciones, son una fértil fuente de conocimiento, no sólo acerca de cómo construyen las personas su propia identidad sino también sobre cómo son capaces de modificarla, asumir nuevos roles o crear significados distintos (Payne, 2005). En este artículo veremos cómo el Trabajo Social con grupos se conjuga positivamente con las posibilidades que ofrece la perspectiva narrativa, generando recursos basados tanto en la práctica como en la teoría.

2.-La narrativa como recurso en el Trabajo Social con grupos

El Trabajo Social, unas veces formulado como disciplina, otras como campo del saber o conocimiento científico y/o técnico orientado, desde las teorías del comportamiento humano y los sistemas sociales, a la intervención y la evaluación de las necesidades y problemas sociales, se encuentra como bien sabemos dirigido inequívocamente a la mejora de las condiciones de vida de las personas y a la promoción del cambio, fomentando en cualquier caso una acción social que favorezca que las propias personas, los grupos, las comunidades, las familias, etc., alcancen por un lado, un óptimo funcionamiento social y desarrollo y puedan, por otro, lograr sus objetivos y aspiraciones empleando para ello tanto recursos internos como externos (Ander-Egg, 1988: 323; Arredondo, 2010: 164; Celedón, 2003: 257; Kisnerman, 1990: 116; Moix, 2002: 131-132; Zastrow, 2008a: 5). En el marco de esta concepción general del Trabajo Social se inscribe el Trabajo Social con grupos, que se ha definido como una estrategia o metodología para abordar los problemas sociales y personales mediante la organización de situaciones grupales en las que se establecen relaciones interpersonales y tienen lugar interacciones o actos interactivos basados en la reflexión-acción que contribuyen a construir nuevas realidades comprensivas y conductas transformadoras (Zamanillo, 2008: 301) que finalmente se convierten en

experiencias emocionales y educativas significativas para los miembros que integran el grupo (Barbero, 2003: 432-433). El Trabajo Social con grupos está orientado a la recuperación y el fortalecimiento de las capacidades sociales de los ciudadanos, para así mejorar su funcionamiento social y contribuir a su enriquecimiento personal (Fernández y López, 2006: 45).

Es precisamente la interacción grupal lo que caracteriza en este caso la práctica social con grupos. El grupo se convierte así en el contexto, y también en el medio de ayuda para las personas y para el propio grupo -como destaca T. Rossell al citar los trabajos clásicos de R. Vinter y G. Konopka en este ámbito (Rossell, 1998: 103)-. Por tanto la práctica social con grupos se sucede en este territorio, es decir, dentro y a través de los procesos y estructuras de interacción grupales (Davies, 1975: 7). El grupo puede ser un mecanismo de cambio en sí mismo y una forma de influir en los demás y propiciar cambios en las personas que lo integran (Hepworth, et. al, 2013: 294), tanto en sus vidas directamente como en el entorno en el que se desenvuelven. La actividad grupal está dirigida a la consecución de ciertas metas, propósitos u objetivos que son compartidos por las personas que lo conforman y en la que la ayuda mutua se dibuja como la dinámica primordial que facilita el cambio (Birkenmaier, et. al, 2011: 273; Northen y Kurland, 2001: viii).

Esta concepción de “grupo” en la que confluyen teoría y práctica se ha incorporado en nuestros programas formativos. Ejemplo de ello es el pequeño experimento que llevé a cabo con los estudiantes de cuarto curso del Grado en Trabajo Social de la Universidad de Murcia. Preguntados por la definición que emplearían para referirse al grupo en el campo que nos ocupa, coincidieron en destacar que es el medio a través del cual intervenimos sobre problemas de naturaleza eminentemente social que son compartidos por dos o más personas, y que al mismo tiempo actúa como una herramienta o instrumento eficaz para solventar estos problemas y provocar un cambio positivo que redunde en el bienestar, el ajuste o la integración de las personas. En definitiva, como se ha dicho anteriormente, trabajamos en la dirección de fortalecer la trayectoria personal y la capacidad de actuar con los otros, utilizando justamente la interacción grupal, el entorno básico para los seres humanos (López, 2010: 229).

Dicho esto, nos centraremos en el papel que la narrativa, y de modo más concreto que las técnicas narrativas poseen en el Trabajo Social con grupos como recursos para la intervención. A nadie se le escapa que la narrativa está presente en el Trabajo Social de muy diversas maneras. Resulta casi una obviedad afirmarlo, puesto que tanto la investigación, de corte más cualitativo es verdad, como los procedimientos de diagnóstico y evaluación utilizados en la práctica social con grupos incorporan herramientas narrativas como las historias de vida o la entrevistas en profundidad. Los recursos narrativos se han venido aplicando además como método de tratamiento para ayudar a las personas a reconstruir sus propias historias de vida y enfrentarse mejor con diferentes situaciones. La narrativa en el Trabajo Social, una disciplina que sostiene su práctica profesional en la conversación y la interacción, ha dado lugar a múltiples experiencias en el campo de la intervención social, multiplicándose las perspectivas de forma exponencial en las últimas décadas, al menos en lo que a la aplicación práctica de recursos narrativos se refiere. Pero esta misma diversidad contrasta con las limitadas aportaciones sistemáticas que se han realizado desde el ámbito de la investigación para conocer los beneficios de estas técnicas. Ello se debe, entre otras razones, a la proliferación de orientaciones teóricas y metodológicas que dificultan la comparación, pero no únicamente. Además se añade por un lado la dificultad de alcanzar un consenso acerca de conceptos básicos como el de *narración*, y por otro, al predominio en las publicaciones científicas de trabajos que siguen una metodología cuantitativa frente a estudios que optan por enfoques cualitativos como la etnografía (Riessman y Quinney, 2005).

Junto con estas barreras en la investigación acerca de la narrativa en el Trabajo Social, nos encontramos con el hecho de que la tipología grupal es muy extensa, así como los métodos de intervención que propone cada modelo del Trabajo Social. Por ejemplo, N. Kisnerman distinguió entre *grupos orientados hacia en crecimiento y grupos orientados hacia la acción social* (Kisnerman, 1990), y en cada categoría incluyó distintos subtipos: de *aprendizaje, recreativos, terapéuticos*, etc. Ch. H. Zastrow llega a enunciar, en su conocido manual, hasta diez diferentes tipos, entre los cuales están los grupos de *socialización, sensibilización, auto-ayuda, discusión, educativos*, etc. (Zastrow, 2008b). La

posición que asumimos en este artículo es la que ya han anticipado T. Fernández y A. López. Evitando cualquier tipo de reduccionismo, podemos afirmar que el Trabajo Social con grupos, más allá de la tipología grupal que tiene en consideración la composición del grupo, su función y estructura e incluso el modelo de intervención que aplicamos en cada situación o contexto, se sustenta, como se viene indicando, en la Dinámica de Grupos, es decir, en el conocimiento y en la comprensión tanto de los procesos y etapas del desarrollo grupal como de la naturaleza de las interacciones que tienen lugar en el grupo (Fernández y López, 2010: 89). En definitiva, la Dinámica de Grupos se ocupa de la vida del grupo, del devenir o acontecer de las interacciones grupales tal y como se presentan en la situación grupal. Así pues, empleamos las técnicas narrativas como recursos para la dinámica grupal, creando escenarios diversos y activando procesos comunicativos que estimulan la interacción grupal y fomentan la consecución de los fines previstos ya sean educativos, de ayuda mutua o acción social, sin pasar por alto que las técnicas narrativas no sólo responden a criterios prácticos. Debemos recordar que la orientación narrativa en el Trabajo social con grupos representa un giro copernicano en toda regla. P. Abels y S. L. Abels recogen esta nueva fundamentación, que he resumido en tres puntos teniendo en consideración los aspectos más relevantes citados por los autores (Abels y Abels, 2002: 57-73):

- a) La interacción con los miembros del grupo tiene un propósito que va más allá de la pura conversación que tiene lugar durante una entrevista. El trabajador social pone el foco de atención en lo que verdaderamente es importante para el cliente, y no en lo que él cree o presupone, desde su posición de “experto”, que es importante. Por tanto no impone su historia o visión de las cosas sino que deja aflorar la historia personal de cada cliente, contribuyendo de esta manera a que sean las personas las autoras de sus propios relatos, es decir, a que se hagan con el control de sus vidas, descubran nuevos significados y formulen posibilidades o elecciones alternativas.
- b) Las personas crean relatos de sus vidas, lo que les permite organizar sus experiencias y dotarlas de sentido. El enfoque narrativo estudia y examina estas historias o relatos para descubrir cómo influyen en nuestras relaciones

y en los comportamientos que desarrollamos en todos los niveles estructurales: individual, familiar, grupal, organizativo... Las narraciones no existen sólo dentro del grupo, en las fronteras mentales que en ocasiones asume el trabajador social, sino que se incorporan a escenarios de relaciones múltiples fuera de los límites grupales.

- c) La práctica narrativa es liberadora en varios sentidos, pero de manera muy especial, en tanto que permite separar a la persona del problema, distanciarlos suficientemente evitando identificar las dos realidades como si se tratara de un binomio indisoluble. Los relatos y las historias que cuentan las personas están saturadas por las dificultades y experiencias negativas que parecen dominarlo todo. La persona está encerrada en su propio relato de fracaso: ella es el problema. Esta situación entorpece y obstaculiza sobremanera cualquier opción de cambio, perpetuándose un discurso que impide generar expectativas y vivencias más realistas y positivas. La narrativa rompe este círculo vicioso cuando el trabajador social favorece y estimula la búsqueda colectiva de nuevas interpretaciones o de relatos alternativos a través de los cuales las personas llegan a reconfigurar su propia identidad y modelar sus propias vidas y relaciones.

3.-Técnicas narrativas para la intervención con grupos.-

En este apartado se van a describir dos técnicas narrativas basadas en la *analogía* y en la *externalización*, que pueden aplicarse en la dinámica grupal. Para ello tomaremos en consideración las diferentes etapas o fases del ciclo vital del grupo, y su correspondencia con los objetivos que en cada una de ellas se plantean con carácter general. Resulta acertado aclarar que, en relación a las diferentes etapas o fases por las que atraviesa un grupo, se han sugerido diferentes alternativas (Garland, J. et. al., 1976; Northen y Kurland, 2001; Toseland y Rivas, 2012). Más allá del número de etapas que definen el proceso grupal y cuál es la denominación que reciben las mismas en función del modelo propuesto, en realidad podemos hablar de una fase *inicial*, otra *intermedia* y una *final de resolución*. Sería muy similar, por emplear una referencia narrativa, a la división clásica de la trama: “presentación”, “nudo” y “desenlace”. En la *fase inicial* tiene

lugar el origen o la formación del grupo, se constituye como tal, se definen los propósitos, se establecen las normas básicas que regulan las interacciones y emergen los primeros sentimientos de aceptación o rechazo, inclusión, incertidumbre o ansiedad. En la *fase intermedia* el grupo afronta las tareas que se propone llevar a cabo, comienza a tomar conciencia de los problemas y de las dificultades o conflictos que se deben resolver, y por lo general, el grupo se conoce mejor, se autorregula, gana en confianza y profundiza en el reforzamiento de sus vínculos. Tras esta etapa el grupo alcanza la *fase final* en la que deja de existir como tal, sus miembros se enfrentan a la desaparición del grupo y han de realizar un proceso de separación y de traslación de todo lo aprendido y experimentado a su propia vida y al entorno en el que ésta se desarrolla. Se han descrito, a grandes rasgos, los episodios que jalonan el ciclo vital del grupo. Por nuestra parte tomaremos la propuesta que realizan T. Fernández y A. López (2006). Estos autores hablan de cinco fases: *diseño de grupo, inicial, de transición, de trabajo y correspondencia y final*. Para cada una de estas fases los autores describen una serie de objetivos o prioridades (Fernández y López, 2006: 127-130). En este apartado describiré dos técnicas que pueden emplearse en alguna de las etapas anteriormente citadas para alcanzar esos objetivos.

La primera de estas técnicas es la denominada *El juego de las fábulas*. Esta técnica se puede llevar a la práctica en diferentes modalidades de grupos, y resulta muy útil en la *fase de transición* para prever los posibles obstáculos que aparecen en el camino hacia el logro de objetivos individuales y grupales y establecer estrategias adecuadas para afrontarlos. También es efectiva en la *fase final*, donde es principal la integración y la interpretación de la experiencia grupal para el correcto proceso de disolución del grupo. El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define el término *fábula* como: “relato ficticio, en prosa o verso, con intención didáctica frecuentemente manifestada en una moraleja final, y en el que pueden intervenir personas, animales y otros seres animados o inanimados”. En realidad esta técnica no persigue que los participantes se conviertan en literatos, al contrario, está indicada para personas con diferentes niveles educativos y problemáticas, y su finalidad es bien distinta. La dinámica de grupo no responde a lo que sería un taller de narrativa. Cada uno de los miembros

del grupo construye un relato como una analogía o comparación a través de una historia real, preferiblemente un acontecimiento relacionado con sus propias vidas que consideran una experiencia de éxito o de fracaso. La razón de incluir ambos tipos de experiencias es muy sencilla. En esta técnica se parte de la idea de que aprendemos tanto de las buenas como de las malas experiencias, tanto de nuestros aciertos como de nuestros errores. En cierto sentido se insiste con ello en la resiliencia de la persona, es decir, en su capacidad para superarse en las situaciones adversas y difíciles de la vida y salir fortalecidas y transformadas, en un sentido positivo, por ellas. Por tanto perseguimos con esta técnica narrativa que cada miembro del grupo recoja y describa una enseñanza, que compartirá más tarde con el resto del grupo, cuyo resultado consideran que ha sido especialmente provechoso y les ha reportado beneficios en sus vidas.

Los protagonistas de la fábula pueden ser ellos mismos, un *relato en primera persona*, o bien asumir una posición de observadores, *relato de espectador*, del acontecimiento. El hecho vital relatado puede estar referido a alguna experiencia significativa o actos cotidianos de la vida, pero que son esenciales a la hora de llevar a cabo las interacciones en el medio social. En cualquier caso lo importante es el aprendizaje mismo, esto es, la “moraleja” o la enseñanza singular que podemos generalizar en situaciones similares de la vida, al objeto de resolver conflictos, tomar decisiones o afrontar dificultades. Estas fábulas nos proporcionan valores, actitudes, pautas de comportamiento y experiencias vitales que, conducidas adecuadamente, incidirán en el grupo favoreciendo el crecimiento, la cohesión y la confianza grupal. El trabajador social puede explicar esta técnica recurriendo a ejemplos conocidos de la literatura como las *fábulas de Esopo* o las *fábulas de Samaniego*. Incluso puede ilustrar el significado del término fábula, poniendo ejemplos del día a día. El trabajador social inicia la técnica con un relato personal que ha elaborado previamente y lo comparte con el resto de miembros del grupo. El nombre o la descripción de los personajes puede variar si se desea, pero en ningún caso las situaciones que se describen y las estrategias que emplearon para afrontarlas. Se les pide a todos que en una hoja de papel escriban su relato no muy extenso, y que lo hagan sin preocuparse por los aspectos formales o estilísticos. Al final cada uno ha de poner título a su fábula, y en una línea,

apenas una frase a modo de conclusión, describir la enseñanza que desean compartir con el grupo. Más tarde, tras la lectura de cada fábula, se realiza una puesta en común donde todos intervienen y se realizan preguntas abiertas que animen al debate: ¿Qué os han parecido las fábulas? ¿Cuál o cuáles os han gustado más y por qué razón? ¿Alguna de estas situaciones os ha pasado a vosotros? ¿Cuál fue vuestra reacción en ese caso? ¿Cambiarías el título de alguna fábula y por qué? ¿La moraleja es congruente con la fábula y aporta una enseñanza positiva?

Las dimensiones que trabajamos con esta técnica son las de comunicación, conocimiento mutuo y conocimiento basado en la propia experiencia, confianza y autonomía en la toma de decisiones. Esta técnica requiere de un espacio de reunión, habitualmente donde tiene lugar las sesiones de grupo, y está indicada para grupos no muy numerosos, entre cinco y nueve participantes. Puede integrarse en alguna de las sesiones que se han programado desde el inicio del grupo, o bien, incorporarse más tarde si el trabajador social considera que los beneficios de la misma contribuyen al desarrollo grupal.

La segunda de las técnicas narrativas es la que he denominado *Historias con un final feliz*. Esta técnica es útil en los procesos grupales en los que es necesario externalizar los problemas y desviarse de formas habituales de pensar, actuar y sentir. Puede ponerse en práctica en la *fase de transición y correspondencia*, en la que el grupo centra su actividad en llevar a cabo cambios de conducta, resolver conflictos y tomar decisiones. La lógica de esta técnica está en relación con el proceso de externalización del problema. La idea es que las personas poseen uno o varios relatos dominantes de sus vidas que siempre tienen muy presentes. Estos relatos dirigen en buena medida la forma en la que se relacionan con el entorno y construyen una visión de sí mismas y de los demás. Con frecuencia esta visión está saturada por el problema, y resulta complejo abandonar esta posición en la que se haya instalada la persona. La externalización implica, por una parte, describir el problema identificando cómo ha influido en la vida de las personas y en sus relaciones y separarse de él para evitar la simbiosis perversa de que la persona y el problema son una misma cosa. En la medida que las personas se distancian de estos relatos se encuentran en mejor disposición para intervenir en sus vidas y en sus relaciones, recobrando así un sentimiento perdido

de agencia personal. Por otra parte la externalización permite la búsqueda activa de “acontecimientos extraordinarios” que rompen la lógica del relato dominante, a partir de los cuales podemos invitar a las personas a que les atribuyan significados organizados en relatos alternativos (White y Epston, 1993: 32-33).

La técnica de *Historias con un final feliz* está pensada para grupos no demasiado extensos, entre cinco y ocho o nueve personas. Se pide a los miembros del grupo que, partiendo de un relato vital en el que la experiencia es catalogada como problemática o infructuosa, por ejemplo, cuando una persona intenta de forma fallida dejar de fumar y recuerda insistentemente sus fracasos anteriores, experimentando sentimientos absolutos de desconfianza respecto del futuro, busquen “acontecimientos extraordinarios”, es decir, hechos o experiencias que justamente contradigan la idea de que “son incapaces de dejar de fumar”. A partir de estos acontecimientos se construye un relato alternativo, con un final diferente que no conduzca necesariamente a experimentar sentimientos de abatimiento, desesperanza o incapacidad personal. Las diferentes historias se ponen en común, y los relatos se van intercalando con los comentarios y aportaciones de los miembros del grupo y del trabajador social. El trabajador social puede facilitar la comprensión de esta técnica con ejemplos de películas en las que cuando todo va mal y está a punto de producirse un desenlace terrible, se produce de forma inesperada un giro argumental que lo cambia todo. En esta técnica se trabaja especialmente con la agencia personal, y se reduce el influjo de los pensamientos absolutistas del tipo “todo o nada”, que conducen a generalizaciones y falsas expectativas. Al mismo tiempo se fortalece la autoestima, porque en general los relatos de fracaso suelen ensombrecer los éxitos de la persona y las conductas y actitudes que van en la dirección de alcanzar un profundo cambio y reforzar las profecías autocumplidas.

4.- Conclusiones

Podemos afirmar que el uso de recursos narrativos en el ámbito del Trabajo Social, y del Trabajo social con grupos, está vinculado con la propia metodología de intervención que tradicionalmente se ha apoyado en ellos para establecer hipótesis, enunciar diagnósticos y evaluar situaciones. De otra parte la

investigación de corte narrativo en el Trabajo Social se ha visto reforzada en los últimos tiempos, pero sin que ello haya podido, al menos por el momento, proporcionarnos datos contrastados acerca de su utilidad y eficacia real. Están por contestar preguntas acerca de cuál puede ser su contribución a la construcción del conocimiento científico en este ámbito, y cómo pueden ser combinados con otros métodos cualitativos de investigación y con el análisis cuantitativo.

La orientación narrativa ha favorecido la consideración en la práctica social de que las personas son autoras y protagonistas de sus propias historias, y que éstas juegan un papel decisivo en la construcción de la identidad, en la percepción que cada uno de nosotros tenemos del mundo y en la manera en que nos comportamos. El método narrativo estimula que las personas asuman el control de sus vidas, liberándose de las sujeciones que implica una posición vital centrada exclusivamente en los problemas y en las historias de fracaso personal. Disminuye el prejuicio profesional que en ocasiones nos hace establecer un paralelismo absoluto entre el problema en sí mismo y la persona, saboteando así la idea de que es posible movilizar los recursos necesarios para devolverle su sentido de agencia personal, tal y como propugna el enfoque narrativo, a través de la construcción o reconstrucción de relatos alternativos.

La narrativa aplicada al Trabajo Social con grupos nos enseña a identificar la influencia de ciertos problemas y dificultades en la vida de las personas, a cómo condicionan sus relaciones e intervienen en su opciones vitales. En la práctica social con grupos, y en la Dinámica de Grupos en particular, se han normalizado los recursos narrativos. En la mayoría de las ocasiones se trata de técnicas como las que se han descrito en este artículo que dirigidas a trabajar ciertas habilidades y capacidades de los miembros del grupo o bien a resolver conflictos y tomar decisiones contribuyen al desarrollo personal y grupal aumentando el conocimiento, la auto-comprensión, la reflexividad y el sentimiento de agencia personal.

BIBLIOGRAFÍA

- Abels, P. y Abels, S. L. (2002). Narrative social work with groups: just in time. En Henry, S. East, J. y Schmitz (Eds.). *Social work with groups: mining the gold*. New York: Haworth Press.
- Ander-Egg, E. (1988). *Diccionario del Trabajo Social* (10ª ed.). Buenos Aires: Humanitas.
- Arredondo, R. (Coord.) (2010). *Diccionario Práctico de Trabajo Social*. Málaga: Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social de Málaga.
- Barbero, J. M. (2003). El método en Trabajo Social. En Fernández, T. y Alemán, C. (Coords.). *Introducción al Trabajo Social*. Madrid: Alianza.
- Birkenmaier, J., Berg-Weger, M. y Dewee, M. P. (2011). *The Practice of Generalist Social Work*. New York: Routledge.
- Celedón, C. (2003). El concepto de Trabajo Social. El Trabajo Social como profesión: la identidad del trabajador social. El Trabajo Social como disciplina científica. La tecnología y el Trabajo Social. En Fernández, T. y Alemán, C. (Coords.). *Introducción al Trabajo Social*. Madrid: Alianza.
- Davies, B. (1975). *The use of groups in Social Work Practice*. London: Routledge and Kegan Paul Ltd.
- Fernández, T y López, A. (2006). *Trabajo Social con grupos*. Madrid: Alianza.
- Garland, J. y Jones, H. y Kolodny, R. (1976). A model of stages of group development in social work. En Bernstein, S. (Ed.). *Explorations in Group Work*. Boston: Charles River Books.
- Hepworth, D. M., Rooney, R H., Rooney, G. D., Strom-Gottfried, K. y Larsen, J. (2013). *Social Work Practice. Theory and Skills* (8ª ed.). Belmont: Brooks/Cole.
- Kisnerman, N. (1990). *Servicio Social de Grupo* (7ª ed.). Buenos Aires: Humanitas.
- Larsson, S. y Sjöblom, Y. (2010). Perspectives on naratives methods in social work research. *International Journal of Social Welfare*, 19, 272-280.
- López, A. (2010). Hacia un modelo teórico del Trabajo Social con grupos. En López, A. (Ed.). *Teoría del Trabajo Social con grupos*. Madrid: UNED.
- Moix, M. (2002). El Trabajo Social y los Servicios Sociales: su concepto. *Cuadernos de Trabajo Social*, 17, 131-141.
- Northen, H. y Kurland, R. (2001). *Social work with groups* (3ª ed.). New York: Columbia University Press.
- Payne, M. (2005). *Modern Social Work Theory*. Chicago: Lyceum Books Inc.
- Riessman, C. K. (2004). Narrative Analysis. En Lewis-Beck, M. S., Bryman, A. y Futing Liao, T. (Eds.). *Encyclopedia of Social Science Research Methods*. Newbury Park, CA: Sage.
- Riessman, C. K. y Quinney, L. (2005). Narrative in Social Work. A critical review. *Qualitative Social Work*, 4 (4), 391-412.
- Roscoe, K. D. y Madoc, I. (2009). Critical social work practice a narrative approach. *International Journal of Narrative Practice*, 1(1), 4-13.
- Rossell, T. (1998). Trabajo social de grupo: grupos socioterapéuticos y grupos socioeducativos. *Cuadernos de Trabajo Social*, 11, 103-122.
- Toseland, R. W. y Rivas, R. F. (2012). *An introduction to group work practice* (7ª ed.). Boston: Allyn & Bacon.
- White, M. y Epston, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- Zamanillo, T. (2008). *Trabajo Social con grupos y pedagogía ciudadana*. Madrid: Síntesis.
- Zastrow, Ch. (2008a). *Introduction to Social Work and Social Welfare. Empowering People* (10ª ed.). Belmont: Brooks/Cole.
- (2008b). *Trabajo Social con Grupos* (6ª ed.). Madrid: Paraninfo.